

SEMBLANZA A VALENCIA DE UNAS EXPERIENCIAS VIVIDAS

FERNANDO CHUECA GOITIA*

Académico de Honor

Excmos. Sres.:

Hoy es un día para mi de júbilo en el que quiero expresar mi más profunda gratitud a la Real Academia de San Carlos de Valencia. El honor con el que me distinguen al hacerme este homenaje y entregarme esta medalla, supera todo lo que yo podía esperar de tan ilustre Institución.

En esta hora se conjugan mi amor a la Academia de San Carlos y por supuesto el amor profundo que siempre me ha inspirado la ciudad de Valencia, una ciudad nacida para ser la cuna del arte más ilustre y para ser el solar de los más grandiosos monumentos.

Yo me he sentido vinculado a la ciudad de Valencia desde tiempos lejanos y en esta Academia de San Carlos he pronunciado, invitado por la Corporación, algún discurso mío. Uno fue en la solemne apertura del curso el 4 de noviembre de 1981. Este discurso lo dediqué preferentemente al Miguelete de Valencia y en él decía:

Todo el paisaje español está jalonado por altas torres de piedra que son símbolos enhiestos de nuestra raza y característica fundamental de nuestra arquitectura. Son pocas, en cambio, las cúpulas que encontramos en nuestro país - salvo en Valencia- y, en general, de proporciones modestas, construidas muchas veces de materiales pobres y no comparables en ningún caso a la magnificencia de las torres.

En cambio no hay catedral española que no se caracterice por un torre extraordinaria, de dimensiones muchas veces descomunales y de lujosos y ricos materiales. Se puede decir que la primera de nuestras torres es la Giralda de Sevilla, y aunque no se hizo para templo cristiano, sino para mezquita, fue cristianizada más tarde por Hernán Ruiz para convertirse en el faro luminoso de la catedral hispalense. Torres señeras son la del Reloj, en la catedral de Santiago, de Domingo de Andrade; la de la catedral de Toledo, maciza y sólida, pero con agudo remate flamenco; las de las catedrales de Segovia y Salamanca, fusión de diversos estilos resueltos en unidad básica. Es torre

famosísima la de la catedral de Murcia, iniciada por maestros italianos y terminada con excelente prosodia española. Es notable también la torre de La Seo de Zaragoza, donde el maestro Contini supo incorporarse perfectamente a la mejor tradición aragonesa.

Pero ahora la torre que sobre todas ellas nos interesa es la del Miguelete. El gran historiador del arte e ilustre personalidad valenciana que fue don Elías Tormo, nos dice lo siguiente en su Guía de Levante: "El Miguelete, famosa torre, amadísima de los valencianos, de las más notables y grandiosas del gótico catalán o de los Estados de Aragón, nunca con el chapitel que se le proyectó, se redujo a un robusto octógono de 50,85 m. de alto, viniendo a ser equivalente el perímetro. Es muy maciza, pues sólo el centro tiene, sucesivamente, tres piezas octogonales abovedadas, angosta la baja y aun la intermedia y mas amplia la alta o de las campanas, y la escalera de caracol, con nabo, a uno de los lados, con 207 escalones. En 1376 se decidieron, comenzándose formalmente las obras en 1381, dirigidas por el arquitecto Andrés Julián, que lo era de Tortosa, y que daría el proyecto. En 1402 las dirigía José Franch. En 1414 se revisa el proyecto, después de algunos viajes al caso, por el arquitecto Pedro Balaguer (el constructor que había sido de las Torres de Serranos). A él habrá que atribuir la decoración del último cuerpo. Estaba terminada en 1424, cuando se encargaba al arquitecto Martín Llobet el pretil (desaparecido) y el coronamiento (nunca hecho) de la torre. La horrenda espadaña de arriba, causa única de peligro para la torre, se labró después y se renovó en el siglo XVIII.

Aparte de mi admiración por la Torre Valenciana, tuve también la suerte que me brindó la Academia en otra ocasión, de celebrar un aniversario del célebre escultor Mariano Benlliure. Reconozco que Mariano Benlliure es una de mis mayores debilidades. Si los grandes titanes del arte valenciano, Sorolla y Benlliure son dos cimas insuperables,

(*) *Discurso de agradecimiento del Académico de Honor Excmo. Sr. D. Fernando Chueca Goitia.*

yo, sin entrar en comparaciones me encuentro más próximo a Benlliure por una sencilla razón, porque las obras de Benlliure las veo todos los días, porque el maestro valenciano nos dejó en Madrid las mejores estatuas conmemorativas que salieron de sus manos y que fundidas en bronce decoran espacios muy significativos de la Villa y Corte. La estatua de D. Álvaro de Bazán en la Plaza de la Villa, la estatua de la Reina Gobernadora al final del Felipe IV, la estatua de Goya al lado del Museo del Prado, la estatua del Teniente Ruiz en la Plaza del Rey, las estatuas del Monumento a Castelar en la Castellana y en el Retiro las secuestres de Alfonso XII y de el General Martínez Campos, son verdaderos prodigios que tengo la satisfacción de ver muy a menudo.

Y aparte de esto perdonad que hable un poco de mi mismo.

Gran parte de mi vida la he dedicado a la restauración de monumentos por toda España y especialmente en la región aragonesa. Pero también, he tenido ocasión de realizar una de mis restauraciones, que yo considero mas acertada, en Valencia y nada menos que en su Catedral.

A mi me tocó heredar a don Alejandro Ferrant en la tarea de restaurar la catedral por parte de la Dirección General de Bellas Artes. Tuvo empeño de que aceptara este cometido mi compañero y fraternal amigo don Luis Gay, que había colaborado con Alejandro Ferrant y que deseaba, a la muerte de éste, que yo colaborara con él. Al mismo tiempo, por razones de tipo administrativo, de todos bien conocidas, actuaba en la restauración de la catedral, como arquitecto don Francisco Pons Sorolla por parte de la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

Esta pluralidad de competencias ha complicado en parte la restauración de la catedral, pero, en resumidas cuentas, consideramos que el proceso se fué consolidando con verdadero acierto. El arquitecto Pons Sorolla fue restaurando los exteriores de la catedral y sacando al exterior las capillas del lado del Evangelio, que han dado una nueva fisonomía al conjunto catedralicio. La puerta de los Apóstoles ha sido también objeto de restauración y de controversia en razón del mal estado en que se encontraba su arquitectura y su estatuaria. Precisamente las estatuas, el Apostolado y otras figuras que decoraban la grandiosa portada donde se reúne el Tribunal de las Aguas, han sido retiradas en un estado extremo de descomposición para que no se perdieran del todo.

El propósito fué llevar estas estatuas al Museo Catedralicio y sustituirlas por reproducciones llevadas a cabo con la mayor garantía.

A parte de esto, lo más endeble de la decoración, por unos llamada barroca, por otros neoclásica, era la que correspondía a las naves, puesto que las proporciones clasicistas de esta decoración no correspondían con la estructura gótica y tuvo Antonio Gilabert que realizar verdaderos esfuerzos para adecuar los elementos de la arquitectura clásica a las proporciones del gótico hispano-languedociano. Sin embargo las capillas, que son de época posterior y que en realidad son como pequeñas iglesias, se proyectaron de acuerdo con la tendencia clasicista, y en este caso la armonía es perfecta. Cada una de estas capillas es un ejemplo delicadísimo de la arquitectura del gran maestro del barroco tardío Antonio Gilabert. Por lo tanto se conservaron íntegras y el testimonio del arte dieciochesco va a permanecer bajo sus mejores aspectos. De esta manera la pugna entre goticistas y neoclasicistas se armoniza en una síntesis perfecta. Por un lado, las naves góticas en su sobria y severa grandeza; por otra parte, las capillas neoclásicas, independizadas del resto y con toda la elegancia de su arquitectura dieciochesca tan delicada como las mejores construcciones del estilo Luis XVI.

Terminaré diciendo, que nada me satisface más, cuando voy a Valencia con algún tiempo, que el entrar en la Catedral, deambular por sus espaciosas naves y al contemplarlas en su grandeza y severidad; reconocer que tuvimos el valor de descubrirlas suprimiendo la vestidura barroca y descubriendo con ello una nueva catedral de un gótico sobrio y mediterráneo.

Como colofón les recitaré a ustedes una alegoría,

ALEGORÍA DE VALENCIA.

Perfección imperfecta,
ciudad que ha olvidado
su río
y consume placeres
a su libre
albedrío.

Ciudad costera,
más que al mar
no llega,
plural y cortesana
a veces italiana
siempre mediterránea.

A Nápoles, un día
la disputaste en rango
y jerarquía,
en población
numerosa y activa,
en plurales empresas
y porffás.

Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio
con Valencia compitió
pero luchando a porfía
a la larga
no venció.

Valencia es vergel florido
en amor comprometido
con bellezas adornado
en sus fiestas requerido
por, San José
bien servido.

Nada nos falla en su día
ni sus "ninots" caprichosos,
ni sus juegos licenciosos
ni fuegos artificiosos.

Pero si eso resplandece
y a la multitud
enardece,
llega la calma
y parece
que aquí
no ha pasado nada.

Es Valencia Capital
de bella fisonomía
y en ella existe
un caudal
de simpática
hidalguía.

Sus mujeres son graciosas
y no quieren ser,

sin duda,
livianas ni
pretenciosas.

Sus calles son generosas
sus iglesias medievales
sus ritos son
celestiales
y hasta un poco
teatrales.

La ciudad aún en los días
de calma, silencio
y duda,
parece que nunca
olvida
la donosura y holgura
de sus días festivos.

El comercio resplandece
los mercados
abastecen
mientras todos
se enriquecen,
siendo muy pocos
aquellos que la
penuria padecen.

Y todo queda pálido
a tu vera
Valencia enamorada,
y placentera
entre las altas torres,
muy cimera
del Miquelet
y Santa Catalina.

Ellas son tus heraldos
más famosos,
a sus voces de piedra,
pobre juglar,
me uno
para cantar
con ellas
una ciudad
que nadie
que la conoce
olvida.

FRANCISCO LOZANO

Con la muerte de Francisco Lozano, se pierde un paisajista muy singular y único. Es verdad que todo pintor tiene su personalidad y su individualidad propia, pero algunos están más afectos a modalidades y escuelas de todo tipo.

Con anterioridad a Lozano el paisaje en la pintura española se había iniciado con un sesgo nuevo a través de los románticos como Pérez Villamil, de los realistas como Carlos Aes, de los impresionistas como Beruete, Regoyos o Mir; también con algunos eclécticos como Ignacio Pinazo y modernistas como Nonell, Casas, Rusiñol. Más modernamente Joaquín Sorolla y Cecilio Plá, ocupan un capítulo importante.

Pero todavía estamos lejos de la aparición de Lozano, que surge en el año 1942, cuando expone en la Sala Mateu, pionera de las galerías valencianas.

En 1946 Lozano aparece en Madrid, dentro de la Academia Breve de la Crítica de Arte fundada y orientada por Eugenio D'Ors. Al mismo tiempo surge la Escuela de Vallecas con pintores como Benjamin Palencia y San José. Ya Francisco Lozano ocupa un lugar muy prometedor en el desarrollo del paisaje español.

J. F. Yvars nos dice: "Lozano pronto cerraría filas con la alternativa cultural dorsiana que exigía también la renovación de los géneros tradicionales de la pintura, con el retrato y el paisaje. Por eso Lozano no deja de estar a la altura de su tiempo y estudia en París a Picasso, pero también a Cossio, Bores y Viñes.

Francisco Lozano va concretando su personalidad, no sólo a través de la Academia Breve Dorsiana, sino también bajo la influencia de pintores concretos como Matisse, y no sólo de pintores, sino de escritores como Azorín, cuyo lenguaje concreto sintético y minucioso le aleja del Sorollismo. Sorolla puede relacionarse con Gabriel Miró; mientras que Lozano puede hacerlo con Azorín.

Lozano si quiere avanzar por su propio camino, tiene que desprenderse de la herencia formidable de Sorolla, sumo sacerdote de la luz mediterránea. También Lozano querrá ser intérprete de esta prodigiosa luz levantina, pero de otra manera, la luz en Sorolla tiene como compañera inseparable la sombra y todas sus figuras desnudas o envueltas en lienzos que se agitan al sol describen sombras profundas que hacen resplandecer la luz. Pero Lozano renuncia a esta luminosidad, a esta fácil fórmula anclada en el color y la sombra y, en todos sus múltiples paisajes, llenos de luz y restallantes de un cromatismo fúlgido, no

encontramos una sola sombra ni siquiera cuando los barracones o casetas de playa que acusarían precisamente con la sombra su contundente volumetría.

Los cerros leonados, las tierras quemadas de colores ocres o violetas, las barcas fosilizadas, los matos espinosos, las florecillas silvestres, los cactus, las pitas, y la vegetación que crece en los arenales demuestran lo que digo. Paisajes de Játiva, Paterna, Javea, El Saler, o Betera, reiteran *ad infinitum* esta policromía pugnaz y dramática.

En 1965 tuve ocasión de decir: "La pintura de Lozano ha tomado un sesgo arrebatado y difícil. Parece que Lozano pinte con fuertes zarpazos de tigre, que sabe asestar a su presa golpes definitivos. Estos zarpazos surgen de la misma fuente oscura que sus temas, con la profundidad que sabe ver. La coincidencia de su origen, el equilibrio de las dos fuerzas encontradas, produce que cada golpe (sea) una revelación y, una adivinación, cada pincelada (caiga) segura en el punto preciso, con el tinte preciso."

Esto se debe en gran parte, a que Francisco Lozano, no se anda con rodeos y pone su caballete en el campo mismo para que no se le escape la realidad. Su mujer, Doña Antonia Mompó, se lo dijo muy bien: "tu estudio es el campo y la playa", y a ese campo y a esa playa se atuvo durante su vida de creador. En una entrevista, no me acuerdo cuando, nos dijo el pintor: "Lo importante es disponerse a ver siempre el mundo como si fuera algo nuevo, como si lo descubriéramos por primera vez.

El día 5 de noviembre de 1978 entró en esta casa el Pintor Francisco Lozano con un admirable discurso titulado *Orden y Claridad de un Paisaje llamado Mediterráneo*, dónde dice que nadie como Luis Rosales ha interpretado mi lucha por captar esencializándola, la luz:

*El aire inerte
se quema sin arder.
No hay sombra alguna
que levante en el campo sus paredes,
la luz nace en el cuadro.*

Yo tuve la enorme satisfacción de contestarle en su ingreso académico y volví sobre el problema de la luz: "La luz nace del cuadro mismo, no hay sombra alguna que levante en el campo sus paredes. No ha venido del cielo, viene de esta tierra solar y destruida. Compréndolo que a Eugenio D'Ors esta luz increada de los cuadros del pintor le fascinara de la misma manera que aquella luz que viera resplandecer en la arquitectura del Palladio.

Recuerdo una vez más, dije en mi discurso, su figura pisando las dunas del Saler, las impalpables arenas cuya tenue orografía varía cada instante al soplo del viento; contemplando los pinares marítimos que quema la brisa salobre, mientras oteaba el horizonte lejano del mar inmóvil, con sus ojos escrutadores y semientornados de pintor que cierra sus párpados para captar mejor la forma luminosa. Su tez tostada, su enérgica cabeza de armador griego, su pelo blanco, eran los de un prócer de este mar que fue cuna de tantas civilizaciones, los de un símbolo vivo, que sentía como el altar de sus sueños trascendentes podría ser un día, y no lejano, una imagen trémula que sólo quedaría en sus lienzos.

Además de ser un gran pintor, Paco Lozano fue un hombre extraordinariamente culto, de muy fina sensibilidad y relacionado con las principales figuras intelectuales de la España que le tocó vivir. Había ingresado como becario en el colegio del Beato Juan de Rivera de Burjassot en 1932, y allí tuvo como compañero a Pedro Laín, con el que desde entonces le unía una estrechísima amistad, amistad que le abrió las puertas de otras personas relevantes como Luís Rosales, José Luís López Aranguren, Luís Felipe Vivanco y tantos otros como Castillo Puche, Enrique Lafuente, Camon Aznar, Santiago Arbos con los que departía en Madrid.

Porque de otra parte, Francisco Lozano era de carácter muy abierto, que disfrutaba mucho conversando con los amigos, reuniéndose con ellos, tanto en su propia Valencia como en Madrid cuando venía muy a menudo y creo que tenía un piso, si no recuerdo mal, en la calle Villanueva en el mismo edificio que tenía su estudio el pintor Pedro Bueno.

Francisco Lozano era de compleción fuerte, recia cabeza con abundante cabellera, que el tiempo

fue plateando y que daba a su fisonomía el aspecto de un fornido marino de otros tiempos, bronceado por la luz y esculpido por las olas del mar.

Luis Rosales, su entrañable amigo le dedica un poema que titula "La resurrección de las algas", en él se dice:

*El aire inerme
se quema sin arder.
No hay sombra alguna
que levante en el campo sus paredes.*

*La luz nace en el cuadro;
no ha venido
de cielo alguno;
viene
de esta tierra solar y destruida
que ha perdido la sangre y aún se enciende
desde el cielo a las algas,
de las algas
a este jirón de arena rota,
a este
cementerio de lluvia,
a esta provincia
de miel recuperable que nos duele
y nos hace saber que nada existe
muerto sobre la tierra.*

*¡Para siempre,
para siempre jamás, será esta playa
como la ven tus ojos!*

*Lentamente
mueve el viento las algas.
En las dunas
empieza a abrir sus párpados la muerte.*